

# I

España se encontraba, a finales del siglo XV, prácticamente desangrada por las continuas escaramuzas contra los invasores. Éstos se resistían a ceder los territorios que durante siglos les pertenecieron, conseguidos por la férrea imposición de la fuerza de las armas a unos defensores muy inferiores, tanto en número como en calidad organizativa, que apenas pudieron ser considerados como enemigos con suficiente relevancia como para que hubieran podido evitar su rápida invasión.

Por aquel entonces, los árabes se batían en retirada por la Península Ibérica, siendo ya muy pocas las plazas que les quedaban por defender, ante el incesante empuje del ejército cristiano. Los señores feudales, después de reunificarse en torno a las figuras de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón, se estaban organizando para asestar el golpe definitivo a la débil resistencia que presentaban los hijos del Islam. Nadie dudaba de que ya sólo sería cuestión de esperar un poco más de tiempo, como fruta madura a punto de caer, para que se produjera la ansiada recuperación de la totalidad de las tierras que antaño fueron arrebatadas a los bravos godos por las poderosas tropas musulmanas.

Entretanto, la población mantenía una encarnizada lucha por sobrevivir de la miseria que les rodeaba por doquier, originada durante tantos largos años de asedio. Aquellos sufridos herederos de los antiguos siervos de la gleba, rezaban para que se produjera un milagro que les redimiera de sus grandes penurias. Sin embargo, no eran capaces de reconocer que ese

ansiado milagro se realizaba todos los días cuando conseguían acabar aquellas interminables jornadas, bajo unas durísimas condiciones, caracterizadas por los inexistentes recursos con los que podían contar para mantenerse con vida. Por ello, no había más remedio que agudizar al máximo el ingenio, a fin de poder obtener lo necesario para conseguir llegar hasta el día siguiente, a partir del cual se repetiría nuevamente el mismo ciclo.

En Toledo, una importante ciudad de Castilla, sucedía por entonces, que una joven mujer esperaba impaciente la llegada de la oscuridad para recorrer sigilosamente los difíciles empedrados que la conducirían hasta la casa de su mejor amigo. Ya comenzaba a ocultarse el sol para dejar paso a la larga noche; pronto las tinieblas se apoderarían de sus calles, dejando entre sus esquinas una advertencia de temor, por la falta de seguridad que se producía cuando la luz solar dejaba de su mano a la desesperada tierra y a sus desvalidos hijos. En cambio, otros esperarían la llegada de las sombras para proteger sus más íntimos secretos, escondiéndolos de la vista de los muchos espías que por dinero no dudarían en denunciarles ante las autoridades.

Un joven artista tallador trabajaba afanosamente en el encargo más importante que había recibido de una amiga muy especial; era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Esperaba inquieto su llegada mientras trataba de dar forma a una de las imágenes que decoraban la parte frontal de su obra; quería distraerse para no desesperar por su tardanza. Se sentía profundamente atrapado por sus encantos, y aquel sentimiento le obligaba a esmerarse mucho más que con cualquier otro cliente.

Con enorme precisión descargaba pequeños golpes sobre la frágil madera, maldiciendo su suerte por el poco tiempo que podía gozar junto a ella. Debía conformarse con su recuerdo para paliar sus largos periodos de añoranza, motivada por sus

prolongadas ausencias. Mientras manejaba hábilmente el pequeño cincel, no dejaba de imaginar los intensos momentos de placer que compartiría con aquella hembra que tanto deseaba. A la vez, también reconocía lo difícil que le resultaba mantener esa situación de soledad sin su compañía, lo que le obligaba a aliviarse a solas sus desatendidos deseos sexuales. A veces, cuando la sentía entre sus brazos, recordaba cómo su pasión desatada le hacía perder la cabeza, bloqueando su imaginación hasta situaciones que nunca había experimentado con nadie.

Aquella noche del mes de diciembre era especialmente oscura. Un cielo encapotado cubría con su manto de nubes la luna, que no era posible localizar, lo que facilitaba la aparición de una fría humedad en las ya solitarias plazuelas. Afuera, algunas escasas antorchas apenas iluminaban las calles por donde debía transitar su amada hasta llegar a su lado; ella tendría que ser muy cauta para evitar ser descubierta por el alguacil nocturno.

Una niebla espesa emergía lentamente del río que, por medio de profundas vaharadas, desprendía constantemente un hedor insoportable hacia la ciudad. A pasar de su incomodidad, resultaba muy conveniente para los intereses de la joven, que la aprovechaba como su mejor aliada para esconder su esbelta figura, mientras caminaba aceleradamente intentando borrar sus huellas en aquellos peligrosos paseos.

Ambos conocían los riesgos que corrían con sus encuentros nocturnos; sabían que si eran descubiertos junto a la obra que tan celosamente guardaban con el más profundo de los secretos, estarían ante una situación muy difícil de solventar para su seguridad física. Además, también existía el riesgo para ella de ser detenida deambulando por las calles a unas horas consideradas por los inquisidores eclesiásticos como momentos idóneos de brujas, apropiados para efectuar actos

maléficos, y muy aprovechados para realizar pactos con el diablo. A pesar de los evidentes riesgos que corrían, ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a la consecución de sus objetivos, utilizando los medios que estaban al alcance de cada uno de ellos. La experiencia aprendida desde niños les había enseñado que cuando aparece una oportunidad de obtener algo de felicidad, por los medios que fueran, lo mejor era no despreciarla, aún a costa de la propia vida. El hecho de conocer vivencias experimentadas por otros, les hacía reconocer con suma facilidad que era mucho mejor aprovechar una ocasión, aunque fuera por poco tiempo, que esperar a que se presentase otra en mejores condiciones. En realidad, desconocían a priori la posibilidad para ellos de un futuro entre aquellas condiciones tan precarias de vida, y mucho menos, su disposición para disfrutarlas plenamente.

La sombra de una silueta femenina envuelta en una larga capa, se desplazaba a paso ligero por delante de las ventanas bajas de un conjunto de míseras casas fabricadas con adobe. Recorría las estrechas y empinadas callejuelas que finalmente la conducirían hasta la casa de su amante. A lo lejos, el único sonido audible era el parte de novedades que los vigilantes de la muralla cantaban sin cesar hasta la llegada del amanecer. Estas voces se entremezclaban con ladridos de perros hambrientos que, rebuscando desesperadamente entre las basuras, habían encontrado alguna presa que debían proteger del acoso de otros que les disputaban la comida. En ocasiones, los ladridos se producían como consecuencia de inútiles persecuciones a ágiles gatos que rápidamente se encaramaban sobre los tejados de las pobres chabolas.

En aquellos momentos, el joven artesano estaba retocando una pequeña talla que formaba parte de la decoración de uno de los laterales de la gran obra encargada. De repente, llamaron a la puerta de su taller con golpes secos y precipitados.

Se apresuró hacia el zaguán para facilitar su entrada, mientras el corazón le latía aceleradamente; de sobra sabía quién acudía a esas altas horas de la madrugada a su morada. Al encontrarse frente a frente, sin decirse una sola palabra, ambos se fundieron en un apasionado abrazo, al que le siguieron besos y caricias en abundancia, dejando que sus gemidos, fruto del placer inconfesable, fuera el único sonido que les arrullara como fiel compañero de sus demostraciones amorosas.

El interior de la sala presentaba un ambiente muy confortable. Como remedio para combatir el intenso frío de la noche castellana, una gran fogata ardía en el hogar de la tosca chimenea que ocupaba la mitad de una de sus paredes. Sin apenas mediar saludo, los gestos sustituyeron a cualquier posible conversación; los amantes se dejaron llevar por sus deseos, y pronto se encontraron desnudos uno junto al otro, sobre un lecho acariciado por el reflejo de las llamas que emanaban de la rojiza hoguera.

Aquella mujer tenía un cuerpo deseable; no debía sobrepasar los dieciocho años de edad, poseía una piel tersa y suave que hábilmente arrimaba al lado del hombre, mientras esperaba su inmediata respuesta. Él acariciaba sus redondeados pechos mediante movimientos circulares, y dejaba escapar los pezones entre sus dedos. Ella, mientras tanto, se apresuraba por coger el órgano viril para introducirlo en su vagina, a la vez que lo excitaba con intensas contracciones voluntarias de su pelvis. Después de hacerle sentir intensamente con la repetición de los mismos gestos, no tardó mucho tiempo en provocar una placentera eyaculación que momentáneamente dejó aliviado a su cliente.

Era una de las más famosas prostitutas de la ciudad, pero ese detalle no parecía en aquellos intensos momentos de placer importar en absoluto al joven artista, quien había negociado previamente sus servicios a cambio de la realización de

la obra que mantenía oculta en su taller a los ojos de los muchos curiosos que siempre rondaban para conseguir información que les reportase algún dinero. El artista utilizaba los pocos ratos perdidos de que disponía para poco a poco ir culminando aquello que al principio dio por calificar como su creación más atrevida.

Cuando descansaron por un espacio de tiempo no muy largo, se encontraron preparados para proseguir con sus juegos amorosos. Una vez culminado el segundo orgasmo, la joven prostituta extrajo de un gran zurrón de tela que portaba siempre consigo, una caja negra de madera que obsesivamente comparaba con el trabajo que venía realizando el tallista desde hacía algún tiempo. La mencionada caja se estaba creando siguiendo sus indicaciones, y con la ineludible obligación de utilizar unas maderas negras, hasta entonces desconocidas para el modelador, y que le había suministrado la propia interesada. Siempre se había negado a facilitar información alguna sobre su procedencia. Estudiaba la obra una y otra vez, intentando retener en su memoria el estado de realización en que se encontraba con relación a la última vez que la revisó; opinaba sobre el resultado de la parte ya terminada. Continuamente recordaba al artista lo muy interesada que estaba en su pronta finalización. Para el artesano, aquellas premuras ante su arte no tenían justificación alguna; siempre le preguntaba la razón de tanta prisa, y nunca recibía una respuesta concreta. Se había convertido en la más despiadada crítica de su obra, circunstancia que le tenía preocupado, por la exagerada obsesión que demostraba tener la joven prostituta con aquella pequeña caja negra que siempre llevaba consigo, como inseparable compañera. Para ella, lo único importante era la conclusión urgente del trabajo, así como la necesidad de que quedara acabada a imagen y semejanza de esa réplica que acariciaba como si de una mascota se tratase.